

acción renovadora de un gobernante que no supo entrar en sintonía con amplios sectores de ella y que ha suscitado en los juicios de los estudiosos que han precedido al autor en el análisis de estos temas, interpretaciones controvertidas que se mueven entre la crítica más negativa al «gran tirano del Perú» (L. E. Valcárcel) o el elogio apasionado y encendido al «supremo organizador del Perú» (R. Lavillier). En este tema, en el estudio de Merluzzi, no se advierte la valoración del personaje, ante el que se sitúa en una actitud objetiva que sustenta en las referencias a su lectura de la abundante documentación que maneja, y que incluye la producida por el virrey. Presta más atención a los textos legislativos, suficientemente conocidos, que a la copiosa correspondencia en la que se percibe con mayor claridad las claves del funcionamiento de la relación centro-periferia que conduce las reflexiones de este libro.

Su sexto y último capítulo aborda un tema crucial y sobre el que la bibliografía es más abundante en el estudio de los diferentes aspectos que éste suscita: el del gobierno temporal y el gobierno espiritual, que gira en torno al programa del reforzamiento del Regio Patronato y las negociaciones del virrey con las jerarquías eclesiásticas. Una de las gestiones que de forma más explícita se le confían en las Instrucciones emanadas de las deliberaciones de la Junta Magna, y en la que sin duda, dada la complejidad de las situaciones a que éstas afectaban, el autor trata de analizar como el conjunto todo de la acción de gobierno de Francisco de Toledo, «*no como un cúmulo de simples actuaciones, sino como los hilos de una trama que venían a componer un proyecto político complejo cuyos efectos se dejaron sentir durante largo tiempo*» (p. 288). Proyecto político que sin duda reforzó al poder real, y que como muy acertadamente señalara Roberto Levillier, se llevó a cabo porque a pesar de lo que puede parecer como un desencuentro personal entre Felipe II y su virrey, el monarca fue más solidario con la obra que con el hombre. Un hombre que desarrolló su pensamiento jurídico y político como un auténtico hombre de Estado, y cuyo perfil como tal se acredita a lo largo de las páginas de esta nueva interpretación de una de las figuras más descolantes en la empresa de afirmación de la Monarquía Hispana.

M.^a Concepción BRAVO GUERREIRA
Universidad Complutense de Madrid

GONZÁLEZ DÁVILA, Gil: *Teatro Eclesiástico de la primitiva Iglesia de las Indias Occidentales, vidas de sus Arzobispos, Obispos, y otras cosas memorables de sus Sedes (Nueva España)*. León. 2004. Universidad de León, Junta de Castilla y León. Colección «Tradición Clásica y Humanística en España e Iberoamérica», tomo I. 656 páginas.

Este volumen inaugura una nueva Colección, de sugestivo título, apadrinada por la Consejería de Cultura de la Junta de Castilla y León y por la Universidad leonesa.

Y lo hace con una cuidada edición del «Teatro Eclesiástico» de González Dávila, uno de los textos clásicos para el conocimiento de la Historia de la Iglesia en Indias en los dos primeros siglos de la dominación española en aquellas tierras.

Los profesores de la citada Universidad, Jesús Paniagua y María Isabel Viforcós —cuya labor promotora del americanismo dentro y fuera de España viene dando excelentes frutos— han tomado a su cargo las tareas de edición, introducción, notas e índices del volumen; con ellos ha colaborado Juan Francisco Domínguez en la fijación y traducción de textos latinos. Dos labores difíciles, que requerían una cuidadosa lectura del texto de González Dávila y un profundo conocimiento de la época, de sus circunstancias históricas y de la historiografía en torno a la misma. Los editores han sido fieles a esta exigencia de su trabajo, obteniendo un excelente resultado.

La Introducción abarca las páginas 15 a 55 del volumen, y se ocupa sucesivamente de «Algunas precisiones y nuevas aportaciones en torno a la figura de Gil González Dávila»; «El teatro Eclesiástico de la primitiva Iglesia de las Indias Occidentales»; «Consideraciones en torno al Teatro Eclesiástico Indiano»; «Acerca de las fuentes utilizadas»: «El concepto de Historia de González Dávila. Valoración de su obra»; «Relación de obras de Gil González Dávila»; «Criterios de edición». Un conjunto temático que nos sitúa ante la obra editada con el apoyo de un suficiente conocimiento de la misma y de su autor, que va más allá de la simple información biográfica para llevar a cabo un análisis valorativo siempre útil para el estudioso.

La extensa biografía de González Dávila que los editores incluyen en las primeras páginas del volumen detalla con precisión todos los avatares de su vida. Nacido en Avila hacia 1570 y fallecido en la misma ciudad en 1658, abrazó el estado clerical y dedicó toda su vida al estudio de la historia, llegando a publicar un crecido número de obras sobre la historia salmantina, madrileña, en particular la historia religiosa de muy diferentes diócesis españolas, y el notable Teatro Eclesiástico Indiano que aquí presentamos, y que no es su única producción sobre temas americanistas. Nunca estuvo en América, pero no cabe duda de su profundo conocimiento de la misma, ya que llegó a alcanzar el cargo de cronista mayor de Indias, puesto en el que fue sucedido a su muerte por León Pinelo.

Se trata, pues, de un gran historiador del XVII especializado en historia religiosa, a la que dedicó buena parte de sus afanes, y que tuvo a su disposición los mejores archivos de su tiempo para llevar a cabo una obra de muy notable mérito. Esto basta para explicar la variada documentación de que dispuso, logrando acumular un material informativo de primer orden, que su libro nos ofrece hoy sistematizado con un claro criterio tópico y crónico. Ya que, en efecto, el «Teatro Eclesiástico» consiste fundamentalmente en la serie de biografías, cronológicamente ordenadas, de los arzobispos y obispos de México, Puebla de los Ángeles, Michoacán, Santiago de Guatemala, Guadalajara, Chiapas, Yucatán, Oaxaca, Nicaragua, Durango, Santo Domingo, Santiago de Cuba, Puerto Rico, Venezuela y Honduras, es decir, la totalidad del virreinato novohispano, desde los orígenes hasta mediado el siglo XVII.

Para subrayar el interés de la obra basta detener la atención en los datos que, desde su posición de cronista mayor de Indias, pudo aportar Dávila sobre personajes

como Bartolomé de las Casas, Juan de Zumárraga, Pedro Moya de Contreras, Julián Garcés, Vasco de Quiroga, Sebastián Ramírez de Fuenleal, Alonso Manso, Rodrigo de Bastidas; figuras todas ellas de clara notoriedad en la historia indiana, que ocuparon en momentos decisivos algunos de los puestos más influyentes en la América española, afectando con su conducta y su actividad tanto a la historia religiosa como a la civil, tanto a la cultural como a la política.

A estas biografías, que integran la mayor parte de su obra, añade González Dávila un capítulo sobre «Santos canonizados que tienen las Indias», otro sobre «Varones ilustres por cuya beatificación y canonización suplica a la Santa Sede Apostólica la Majestad Católica del Rey Nuestro Señor Don Felipe Cuarto», y un «Índice y memoria de cosas notables». Pero si la curiosidad lleva al lector a tratar de comprobar que personalidades indianas estaban ya canonizados a mitad del XVII, descubrirá con algún asombro que los nombres que alega Dávila son los de cuatro misioneros que jamás estuvieron en las Indias: San Francisco Javier, y tres mártires japoneses jesuitas que, para aquellas fechas, habían sido reconocidos como mártires, pero cuya canonización es bastante posterior. Y cuando da cuenta de los «Varones ilustres» cuya beatificación está instando el rey ante la Santa Sede, solamente integra en su relación un nombre verdaderamente notable, como es San Francisco Solano, siendo el resto una relación de mártires o religiosos beneméritos, en su mayor parte del todo desconocidos y, curiosamente, no todos varones, pues también incluye alguna mujer.

Y aún es posible encontrar en el «Teatro» otros datos, como la relación de miembros del Consejo de Indias en 1649 y algunas otras curiosidades.

El volumen se complementa con una muy amplia relación de fuentes y bibliografía y un exhaustivo Índice onomástico y topográfico, con el que los editores enriquecen este libro que pone a nuestra disposición, para fácil consulta, una serie de informaciones inencontrables de otro modo acerca de la historia eclesiástica indiana.

Y el valor de la publicación se acrecienta, como se apuntó al inicio de estas líneas, por el hecho de que los editores no se han limitado a la edición del texto de Dávila, sino que nos facilitan de modo decisivo su consulta mediante el análisis de la significación del autor como historiador de la Iglesia, los valores que posee, su grado de exactitud, veracidad y credibilidad, enmarcando esta obra en el conjunto de una labor científica tan singular en el ámbito de lo que era la historia como ciencia en el siglo XVII.

Bastará, para calibrar definitivamente el interés de esta publicación, recordar varios hechos que son suficientemente conocidos a los historiadores de la Iglesia: los episcopologios de ámbito universal más conocidos —p. e., la «Series episcoporum» de Gams, o la «Hierarchia catholica» de Euber—, no son todo lo fiables que se puede desear en lo que hace a las Indias; el Episcopologio español de Echeverría, que sí comprende en parte a América, sólo abarca la Edad Contemporánea; los trabajos de Castañeda sobre el episcopado indiano no contienen series biográficas del tipo que analizamos. Se trata sólo de un par de detalles, a los que podemos añadir el interés que siempre tienen los clásicos como fuentes para nuestra investigación actual.

Alberto de la HERA
Universidad Complutense de Madrid